

MARÍA
VILA



LA LEYENDA DE LAS DOS PIRATAS

VOLUMEN I

bookai

María Vila

La leyenda de las dos piratas.

Volumen 1



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María Vila, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: Óscar Sarramia

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2024

Depósito legal: B. 17.842-2024

ISBN: 978-84-08-29475-7

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

CAPÍTULO I

El capitán escribía deprisa en el diario de a bordo. Tenía los labios apretados en un gesto de concentración mientras la pluma se deslizaba dibujando garabatos sobre el papel. Treinta de mayo... Treinta y uno de mayo... Primero de junio... El joven llenaba las páginas rápido, con una caligrafía apretada, deteniéndose apenas el instante que le llevaba mojar de tinta la pluma. Sobre la mesa, junto al diario de a bordo, yacía abandonada la joya imponente: una cadena gruesa, de oro, de la que pendía un rubí del tamaño del corazón de un zorro. La luz que entraba por la ventana lo atravesaba y dibujaba destellos rojos en el papel.

Golpearon la puerta del comedor de oficiales y acto seguido se abrió. En el umbral apareció un enorme hombre moreno, de barba larga y muy densa, labios generosos, cejas pobladas y mirada intensa, oscura. De su oreja izquierda colgaba una perla grande como un garbanzo. Era un hombre fornido, con la piel tostada por el sol, brazos como leños y, al cinto, un pistolón dispuesto para el combate. Pero a pesar de su aspecto fiero, al capitán le bastó levantar ligeramente la mano izquierda para detenerlo. El hombre, del que se podrían sacar dos capitanes, cerró la puerta tras de sí y aguardó dócil a que el joven terminara el párrafo y dejara la pluma sobre la mesa. Entonces, la mirada color miel de su capitán fue invitación suficiente para que hablara.

—Hemos echado casi veinte brazas de ancla y dos rezones. La nao está firme y los hombres esperan instrucciones.

Aunque hablaba en inglés, tenía acento portugués, y un vozarrón que acompañaba a su aspecto.

El capitán asintió y cerró el cuaderno. Se puso en pie con

el diario en la mano y fue a guardarlo en un cajón de la librería. El portugués aprovechó para acercarse a la mesa y tomar en su mano el enorme rubí. En su mano no parecía tan grande.

—También he venido a deciros que tenéis un comité de recepción en el pantalan. Una decena de oficiales de rojo.

El capitán cerró el cajón y se volvió de prisa a mirar a su segundo de a bordo.

—¿Braukings? —preguntó frunciendo el ceño.

Salvo por la estatura —los dos hombres eran altos—, el capitán era todo lo opuesto al portugués. Flaco, casi barbilampiño, labios finos, manos delicadas y un aspecto frío, contenido...

El portugués meneó la cabeza, acariciando la joya.

—No, Braukings aún no está en el puerto. Aunque imagino que no tardará. Es... el crío ese..., el lameculos que lo sigue a todas partes. Nunca recuerdo su nombre...

—¿Walcott? —inquirió el capitán. Su acento inglés era impecable.

—¡Sí! ¡Walcott!

El capitán asintió de nuevo con la cabeza.

—Que los hombres me preparen un bote —dijo y, acercándose a la silla en la que había estado sentado, tomó el tahalí que colgaba del respaldo.

El portugués asintió, aún mirando la piedra, acariciándola con su pulgar.

—¿Y qué hacemos con el botín? Sin duda vienen buscándolo.

El capitán terminó de ceñirse la espada, se echó una capa negra sobre los hombros y caminó hasta su oficial. Cogió la hermosa joya roja por la cadena, arrancándosela de la mano al portugués, y se la pasó por la cabeza.

—Del botín me encargo yo —respondió.

Ocultó la piedra debajo de la camisa y volvió a cerrarse el jubón.

El portugués le contestó con una sonrisa.

—Mientras estoy fuera —prosiguió el capitán— envía a Stowe a la taberna, a ver si Brace ha dejado algún mensaje para nosotros.

Un nuevo asentimiento, mientras el capitán se disponía a abandonar el comedor. El portugués observó al joven abrir la

puerta y salir al pasillo. Estaba cerrando tras de sí cuando se detuvo y volvió a abrir.

—¡Ah! ¡João! —le dijo al segundo de a bordo con su habitual tono de autoridad—. Una cosa más: no volváis a llamar crío a Walcott delante de mí. Es mayor que yo.

El portugués respondió con una sonrisa ancha que le partía la barba, y masculló en un tono inaudible:

—*Presunçoso* —al tiempo que se cerraba la puerta.

Inés dejó escapar un bostezo y volvió a centrar la vista en el libro de latín, a pasear su mirada entre las letras apretadas, sin leerlas. En aquellos instantes la vida de Aníbal le parecía lo más soporífero del mundo. Fuera, al otro lado de la ventana del segundo piso, Londres estaba vivo. Desde su casa de piedra, hermosa y señorial, se podía ver el Támesis envuelto en una suave bruma, a los barcos entrar y salir con las velas desplegadas y a los marineros cargando y descargando mercancías en el puerto lleno de gente. Un mundo mucho más apasionante que las campañas del cartaginés.

—Si escribieras la historia de tu vida, ¿cómo la comenzarías? —le había preguntado una vez Victoria.

Inés la había mirado sin comprender.

—¿Y quién habría de interesarse por leer mi vida?

Su amiga contestó poniendo los ojos en blanco en una mueca teatral.

—¿Acaso importa? ¿Cuáles serían tus primeras palabras?

Inés se había encogido de hombros.

—Doy fe de que no lo sé. Son pensamientos muy profundos para tan de mañana, Victoria.

Victoria arrugó su nariz respingona en un gesto de desaprobación por la visible falta de entusiasmo de su amiga.

—Yo comenzaría hablando de mi madre —explicó—. No concibo otro modo de narrar mi vida. ¡Pardiez que lo he intentado! Pero siempre la menciono antes de llegar a la tercera línea.

Su madre... Era fácil que Victoria hablara de su madre. Toda Inglaterra lo hacía. Lo difícil habría sido lo contrario.

—Victoria, poco me parece para que te preocupes. Tenemos dieciséis años. No hemos tenido tiempo para ser conocidas por otra cosa que nuestra cuna —dijo quitándole importancia al tema.

A continuación, le había puesto la mano en el hombro a su amiga y le había dicho con dulzura:

—Sé que la vida te reserva grandes cosas, Victoria. Ten paciencia.

Pero la paciencia no era el fuerte de Victoria. Ni siquiera el de Inés. Y por más que hubiera tratado de animar a su amiga con aquellas palabras, con frecuencia volvía a preguntarse qué podían hacer dos muchachas de dieciséis años para lograr fama. Aníbal se había hecho famoso por su valor. Aunque, claro estaba, él era un hombre. Todo era distinto para los hombres. Y no tenía dieciséis años cuando se quedó a las puertas de Roma con sus elefantes.

Inés se puso en pie y se asomó a la ventana de su habitación a observar los barcos.

—¿Cómo empezaría a narrar la historia de mi vida? —se preguntó en voz alta.

Se apoyó en la jamba cerrando los ojos y comenzó a divagar.

—Rondaba el 1579, siete años después de que el corsario Francis Drake se apoderara de una flota de galeones en Panamá y dos después de que devastara las costas pacíficas de América y regresara a Europa por la ruta de Asia. La reina Isabel de Inglaterra lo nombró caballero, como a muchos otros corsarios, piratas que realizaban un contrato con el país bajo cuyo pabellón navegaban, y que tenían por ocupación capturar navíos mercantes de los países enemigos para repartirse con el país protector el botín obtenido...

La joven se sentó ante su escritorio, se apartó una guedeja de pelo oscuro de los ojos, mojó la pluma en la tinta y comenzó a escribir.

«... y es precisamente con la sobrina de uno de estos corsarios con quien comienza nuestra historia, con la sobrina del distinguido John Hawkins, honorable miembro de la Cámara de los Comunes, tesorero de la Marina de su majestad Isabel I de Inglaterra y gran amigo de sir Francis Drake».

Inés se detuvo y volvió a colocar la pluma en el tintero. Observó lo que había escrito. También ella tenía que comenzar su historia narrando sus orígenes, con la diferencia de que Victoria se limitaba a sus padres, pero ella..., ella tenía que acudir a su tío para ser alguien. John Hawkins, célebre explorador y negrero... Aquel hombre malvado pero valiente como pocos le había conseguido al padre de Inés, Sigfried Braukings, el título de conde de Frieson, título que algún día ella misma ostentaría; le había logrado el puesto de almirante de un cuerpo especial de la marina para acabar con la piratería en las costas inglesas; lo había introducido en las más altas esferas de la sociedad y, mucho más que todo eso, le había traído de uno de sus saqueos a un mercante español a la bella mujer que el conde había decidido convertir en su esposa.

La madre de Inés era, en efecto, una hermosa joven cordobesa, hija de un mercader, cuya nave fue capturada por Hawkins cuando navegaba rumbo a las Indias. Por aquel entonces el corsario estaba casado con la celosa hermana de Sigfried, y al no poder quedarse a la joven para él, prefirió entregársela como regalo personal a su cuñado con el fin de no tenerla demasiado lejos. Pero Sigfried se enamoró perdidamente de su hermosura y se casó con ella, frustrando las expectativas de Hawkins de compartirla.

Casi diecisiete años después de todo aquello, bastaba mirar a Inés para descubrir gran parte de esa historia. Con la piel ligeramente dorada, el cabello negro como las profundidades del océano, los ojos muy oscuros y cuajados de pestañas, y aquellas caderas que ya se adivinaban más anchas que las de las otras jóvenes de su edad aun cuando su talle fuera igual de fino, ya era evidente que la muchacha tenía tanta sangre mediterránea como el cartaginés de su libro de latín.

Suspiró. Si al menos ella fuera la mitad de hermosa que su madre, la historia de su vida podría parecer interesante. Pero pese a aquellos rasgos exóticos, su físico no prometía secuestros apasionantes por piratas extranjeros, no prometía suicidios a su alrededor de jóvenes desquiciados por no poder poseerla, ni siquiera prometía que algún rico joven de cabellos rubios la sacara a bailar dispuesto a dar su vida por ella. No, su vida no pro-

metía todas aquellas historias fantásticas que a Victoria le gustaba inventar. Ni siquiera tendría la oportunidad de ver en su vida un elefante como los de Aníbal.

Resonaron los pasos de su padre en el pasillo y la condesita se apresuró a abrir el libro de latín por alguna página del centro. Un paso, otro, otro. No había duda de que se trataba del conde, y además estaba enfadado. Inés había aprendido a reconocer los ruidos de su padre como muchas otras jóvenes se acostumbran a sus gestos. Abrir el libro había sido una precaución inútil. Los pasos, como siempre, no se detuvieron frente a su alcoba y la muchacha volvió a cerrar el libro. Se puso en pie y se acercó a la puerta, para abrirla en el instante en que su padre volvía a pasar por delante.

—Buenos días, padre. ¿Cómo estáis hoy? —dijo la joven con una sonrisa.

El hombre, un cuarentón grueso con rostro severo y mejillas colgándole, embutido en un traje recargado en exceso, no contestó, ni realizó ningún gesto que denotara que se había percatado del saludo de su hija. Se dirigió a las escaleras y antes siquiera de comenzar a bajarlas dio la orden de que le prepararan su coche.

Inés arrugó el entrecejo movida por la curiosidad. Se apoyó en la barandilla para observar los movimientos de su padre en el piso de abajo. Su madre le ayudaba a echarse el manto de zorro sobre los hombros.

—¿A qué tantas prisas, Sigfried? —preguntó la mujer con un acento forzado, para que siguiera pareciendo extranjero. Su hija sabía que de vez en cuando se le olvidaba y podía hablar un inglés tan perfecto como el de cualquier nativo de la isla.

—*El Miguel* está entrando en el puerto. ¡Voto a Dios que esta vez no se nos escapa!

¡*El Miguel*! ¡*El Miguel* en Londres! Inés no esperó a que su padre se fuera. Corrió a su dormitorio, atrancó la puerta y se asomó a la ventana. Entre la bruma del Támesis habían aparecido los tres mástiles del navío, cuajados de velas blancas como la espuma. La joven contuvo la respiración al presenciar aquella imagen. Siempre había sido de la opinión de que podía haber barcos más grandes que *El Miguel*, pero ninguno tan her-

moso. Por su tamaño podría ser una carraca, pero se había fabricado bajo de borda y con un castillo de proa que apenas levantaba tres pies del suelo, lo que lo hacía más rápido y maniobrable, y con las innovaciones de un galeón, lo que le daba una potencia de fuego y unas defensas que lo hacían sobresalir entre los demás navíos de su tamaño. Unos marineros perfectamente uniformados con coletos de ante, que en la distancia no eran otra cosa que puntos negros, recogieron las velas y la carraca fue perdiendo velocidad. *El Miguel*, con cientos de historias ocultas tras cada palo... Se decía que el español que daba nombre al barco era el capitán más joven, apuesto y cruel que hubiera visto jamás Inglaterra; que sus ojos miel podían hechizar a las mujeres; que todos los días mataba a seis o siete niños únicamente para sentirse mejor y que tenía más perlas de las que cualquier monarca hubiera visto nunca. Había quienes decían que había heredado de su padre su fortuna, el cual la obtuvo traicionando a la Corona española y vendiendo sus secretos. Otros decían que vivía de negocios en las Indias, comerciando con esclavas hermosísimas que harían enajenar a cualquier hombre. Pero el padre de Inés, el gran Sigfried Braukings, encargado de limpiar de piratas las costas inglesas, opinaba que el capitán no era más que un pirata, aunque fuera el pirata más astuto de cuantos había tenido que enfrentar, y que obtenía su riqueza de los barcos que capturaba y hundía, sin parar mientes en qué pabellón ostentaban o a qué Corona pertenecían. Era sencillamente un saqueador, «un ladrón, ni más ni menos», decía siempre el conde. Y estaba convencido de que, aunque el joven capitán contara con el favor de la reina Isabel, mujer fácilmente impresionable por los jóvenes duelistas, algún día encontraría pruebas suficientes para que lo ahorcaran.

Inés no se creía la mitad de las historias; era Victoria quien no dejaba de hablar de lo apuesto que debía de ser y de que, pese a todo lo que de él se decía, algún día, hechicero o no, él se enamoraría de ella y ella lo mandaría ahorcar. Y estaba por ver que Victoria no lograra algo que se hubiera propuesto.

Sin embargo, a la futura condesa no le importaba si Miguel tenía los ojos miel o azul oscuro, si tenía veinte capas distintas y cuarenta pares de botas, si vestía siempre de negro, con so-

briedad española, o sus jubones estaban recamados en plata. Había sido contagiada por el ambiente que se respiraba en su casa, y solo quería ver llegar el día en que su padre le cortara el gaznate por ladrón y asesino. Para Inés solo era eso. Un ladrón, un asesino, y el capitán del barco más bonito que se hubiera echado a la mar.

El coche de su padre se alejaba en dirección al puerto, con el repicar de los cascos del caballo y el traqueteo de las ruedas sobre los adoquines apagándose a lo lejos. Inés esperó a que desapareciera tras una esquina y se encaramó a la ventana. Se aseguró de nuevo de que nadie la veía y saltó a las ramas del enorme castaño que daba sombra a la fachada de la casa. Si aquel era el día en que su padre iba a capturar al capitán de *El Miguel*, no iba a ser ella quien se perdiera su humillante derrota. Las ramas del árbol le arañaban la cara, los brazos y el vestido nuevo, desgarrando los brocados plata y perdiendo este su blancura imponente conforme la muchacha se arrastraba sobre la corteza dura del castaño. Inés hizo otra pausa abrazada al tronco, y solo cuando estuvo segura de que no había nadie alrededor, se descolgó del árbol. Una de las faldetas blancas se quedó enganchada y, cuando Inés cayó al suelo, se oyó el ruido silbante de la tela al rasgarse, mientras la cola del vestido quedaba varios pies por encima de su cabeza. Inés dejó escapar una imprecación nada digna de una doncella de su linaje, y volvió a alzarse sobre sus tobillos para alcanzar la tela. En el instante en que se hizo con ella, reemprendió el camino hacia el puerto en una loca carrera. Solo se detuvo un momento para tirar el trozo inservible de vestido entre unas cajas de raspas de pescado.

El puerto parecía un hormiguero, tan lleno de vida como se veía desde su dormitorio, con la diferencia de que todas aquellas personas habían dejado de ser insectos diminutos. Eran grandes, apestaban a sudor y a pescado, y la miraban con el ceño fruncido cuando ella pasaba corriendo y hacía saltar el agua de los charcos en todas direcciones. Una pequeña multitud de curiosos se agrupaba en el muelle alrededor del punto concreto donde su padre y una docena de sus hombres espera-

ban el desembarco del pirata. Inés se abrió paso a empujones y codazos hasta lograr una buena visión desde la primera fila. Desde allí pudo ver cómo tres barcas repletas de marineros de la Corona se habían aproximado a *El Miguel*. La carraca había echado al agua un bote que se acercaba despacio, al ritmo del bogar de seis marineros uniformados con camisa blanca y coleto de cuero negro. En su proa, embozado en una capa de paño negra y con un pie apoyado sobre el bauprés, iba el capitán. Calzaba una bota también negra y tan limpia como Inés no recordaba haber visto antes. La barca llegó hasta el malecón. El capitán desembarcó de un salto y dirigió una mirada altiva a Sigfried.

—Braukings, es de imaginar que tendréis una buena explicación para que vuestros hombres insistan en subir a registrar mi barco.

Era joven, demasiado para ser capitán, puesto que Inés calculó que no tendría mucho más de dieciocho inviernos. Alto, pelo castaño, ojos claros. Tenía una voz fría y seca, y no había el menor rastro de acento extranjero en su inglés. Era atractivo, pero los cuentos, como siempre, exageraban.

—Soy el encargado de velar por la seguridad de estos puertos y de estas costas y tengo permiso de Su Majestad...

—Sé quién sois, Braukings —interrumpió el español—. No hace falta que alardeéis de ello ante toda esta comitiva. Solo os pido una excusa medianamente razonable. No hay vez que no atraquemos en Londres y no me estén esperando vuestros hombres.

—Debo asegurarme de... —Sigfried se contuvo, midiendo sus palabras.

—¿De qué? Decidlo, pardiez. Sabéis la calidad en que me tiene la reina, y no creo que le plazca saber el trato que recibo de vuestra parte. Si queréis acusarme de algo hacedlo abiertamente, pero no andéis haciéndome perder mi tiempo.

Sí, el conde sabía el aprecio que sentía la reina Isabel por aquel engreído, y esa era la única razón por la cual no le había echado el guante con anterioridad. Necesitaba pruebas fehacientes para poder acusarlo ante Su Majestad, para que la reina viera a qué clase de hombres protegía. Sin pruebas no le que-

daba más remedio que agachar la cabeza. Pero el orgullo de Miguel solo se podía tratar de una forma, y esa era con más orgullo.

—Capitán Saavedra, ¿estáis negándoos a que registremos vuestro barco?

El joven sonrió, dejando entrever unos dientes tan blancos como las velas de su navío.

—No, conde de Frieson, no. Por supuesto que no —contestó divertido—. Soy mitad español, como a vuesa merced le gusta recordar como si así fuera a insultarme, mas observad que, como tal, soy mucho más caballero que vos.

Se giró a los marineros que esperaban en su bote y les ordenó que permitieran a los hombres de Braukings subir a bordo. A continuación se dirigió de nuevo al conde.

—No tengo nada que ocultar —dijo—. Y ahora, si me disculpáis, me espera Su Majestad.

Con dos largas zancadas Miguel se abrió paso entre el corro que se había formado a su alrededor, con el rubí oculto en su pecho y sin más escolta ni compañía que su espada toledana, que asomaba entre su capa a cada paso.

Inés aprovechó para alejarse de allí antes de que su padre pudiera descubrirla y corrió de nuevo por los charcos del puerro con la firme idea de llegar al palacio King John's Barn a tiempo de presenciar la entrevista. Con las prisas tropezó un par de veces. La primera aterrizó en una caja de sardinas. La segunda en un charco de cieno. Pero no se detuvo. Se metió entre las callejuelas más oscuras y malolientes con el fin de atajar. Siguió corriendo hasta que las piernas comenzaron a dolerle y se volvió, consciente de que Miguel habría tomado un coche y de que así no llegaría jamás. Entonces se detuvo a tomar aliento. Se dio una serie de palmadas nerviosas en el muslo y por fin se decidió. Golpeó la puerta más cercana y, cuando una criada abrió, se quitó el tocado de seda con un airón de plumas blancas y se lo tendió.

—Necesito una montura. Os la traeré de vuelta.

La criada titubeó unos instantes y la condujo hasta las cuerdas. Allí había un único caballo enorme, de tiro, pero Inés, sin perder más tiempo, se apresuró a ponerle una cabezada y, sin

siquiera ensillarlo, abrió la puerta de salida, se montó y partió al galope. El tocado no le serviría de nada con el vestido roto.

El King John's Barn apareció entre la bruma londinense. Inés dirigió el animal hacia la parte trasera del palacio y se detuvo un par de calles más allá. Victoria le había enseñado un pasadizo que conducía al interior y que estaba pensado para una eventual huida. En la casa en la que se ocultaba la entrada de aquel pasadizo solo se apostaba un guardia, Greg, que conocía a las muchachas y solía permitir entrar a Inés. Inés ató al caballo, le palmeó el cuello y se introdujo en la pequeña casa de piedra. Greg hacía un solitario. Era un hombre muy alto, tenía la nariz aguileña y el pelo corto, y cuando fijaba la vista con atención en alguien, se asemejaba a un buitre oteando desde el nido. No obstante, cuando sonreía, su rostro se inundaba de alegría, e Inés lo encontraba incluso apuesto. Al ver a la niña frunció el entrecejo.

—¡Oh, no, condesa! Hoy no puedo permitir entrar a vuestra merced —dijo, antes siquiera de que la joven tratara de embaucarlo.

—Greg, es un asunto vital. ¡Necesito ver a Victoria!

—*Milady*, si os descubren dentro puedo darme por muerto. Ha tiempo que sospechan de mí.

—Nadie me descubrirá. Tenéis mi palabra.

—Sabéis que no puedo hacerlo.

Inés protestó, imploró, prometió y lloró hasta que el guardia, resignado, suspiró y le hizo un gesto a la condesa para que lo siguiera. Cogió un candil de la cocina para entregárselo a la muchacha, levantó la alfombra que tapaba una trampilla del suelo, abrieron y bajaron a la bodega. Allí Greg empujó unas cubas de vino y se dejó ver un pasadizo.

—No tardéis.

—Descuidad.

Inés se apresuró a desaparecer por el agujero, iluminando aquel camino oscuro con el candil. No le gustaba caminar por allí: la escasa altura que la obligaba a caminar encorvada, el olor a cerrado, la humedad y la compañía de las ratas hacían

que la sangre se le agolpara en las venas, y no podía evitar imaginar que el techo se vencería y se quedaría allí atrapada. Pero, cuando la angustia se apoderaba de ella y la empujaba a correr hacia la salida, pensaba que ni el mismísimo Aníbal se habría introducido jamás en un lugar tan aterrador. Y entonces soplabá para apagar la vela y luchaba con el miedo que le producía aquella situación, convencida de que después de aquello ya nada más la asustaría. En esta ocasión, el vello del brazo se le erizó algo menos que otras veces mientras tanteaba el camino en la oscuridad. A medida que se acercaba al otro extremo pudo ver la claridad que se abría en el techo, allí donde la luz se colaba por los resquicios que dejaba la baldosa que cubría la salida, y el nudo de su estómago se aflojó, y su corazón se calmó. Alcanzada la trampilla, apoyó con cuidado los dedos y empujó muy poco, lo justo para poder mirar si había alguien dentro de la caseta del jardinero. Nadie. Corrió la baldosa y, aprovechando la luz, buscó por el suelo a su alrededor el escabel. Ayudándose con él, se aupó afuera. Antes de salir se aseguró de que todo quedaba en su sitio. Entonces cruzó el jardín con cuidado, dejando atrás el estanque de los cisnes, los setos podados con formas redondas y los rosales a punto de dar flor, hasta llegar bajo un balcón del segundo piso. Recogió unos cantos del suelo, trepó por una enredadera hasta llegar al balcón, se encaramó en la baranda y recuperó el aliento. Desde allí lanzó las piedrecitas contra el cristal de una ventana del tercer piso. No tardó en asomar una cabeza de trenzas doradas y nariz respingona.

—¡Inés! ¡Voy a abrirte!

La condesa se puso de puntillas sobre la baranda y esperó a que se abriera la ventana que había justo por encima de ella. Victoria reapareció por allí e, inclinando medio cuerpo fuera, le tendió la mano para ayudarla. Pronto Inés se encontró dentro. Victoria la abrazó. Aún llevaba puesto el camisón.

—¡Qué alegría! Hasta el domingo después de misa no te esperaba —dijo mientras conducía a Inés al dormitorio, a través del vestidor.

A menudo las dos jóvenes habían pasado horas en aquella habitación, entre los trajes de Victoria, ayudándose a vestir la

una a la otra con las prendas más dispares para luego interpretar el papel de príncipe oriental y esclava turca, o el de capitán corsario y princesa de Inglaterra. En un principio solían turnarse en las representaciones del hombre y la mujer, pero, al final, siempre terminaba Inés interpretando su persona y Victoria a todos los demás personajes, pues, como decía siempre su amiga, la condesa era bastante insulsa cuando de interpretar héroes varones se trataba, y todos sus personajes terminaban siendo igual de simples. Por el contrario, Victoria les daba miles de matices distintos a sus caracteres, y nunca dejaban de ocurrírsele nuevas peripecias.

Entraron en el dormitorio, por cuya ventana habían aparecido hacía no más que unos instantes las trenzas doradas de su amiga. Estaban medio deshechas, pues había dormido con ellas y aún no se había peinado tampoco. Que siguiera en camisón a pesar de la hora no le llamó la atención a Inés, acostumbrada como estaba a sus extravagancias. Había veces en las que Victoria se enfadaba y no se vestía en todo el día, gritando, cuando sus ayudas de cámara intentaban hacerle cambiar de opinión, que para qué se iba a vestir si nadie iba a verla, «porque nadie NUNCA iba a verla». Solo una visita de Inés podía alegrarla entonces.

—Se trata de Saavedra. Está aquí —explicó la condesa.

Victoria abrió mucho los ojos.

—¿En Londres?

—¡Aquí! ¡En palacio! —exclamó la condesa señalando el suelo, como si el pirata estuviera a sus pies.

La princesa dejó escapar un grito de júbilo y se puso a dar saltitos.

—Ha venido a presentarle sus respetos a Su Majestad mientras mi padre registra su bajel —explicó Inés.

—El capitán Miguel Saavedra aquí, ¡ahora!, ¡en este mismo palacio! —repitió Victoria palmeando de ilusión, sin terminar de creerlo. Siempre se enteraban de que había estado con la reina después de que se hubiera marchado—. Y dime, ¿lo has visto? ¿Cómo es?

Inés se encogió de hombros.

—Es... un joven corriente —titubeó.